

# Mikela-Zulo, lugar de leyenda

En los lienzos de costumbres típicas, los pintores vascos nos pintan siempre en las arcadas y atrios cercanos a las iglesias, junto a los grandes pilones, dos o tres viejecillas beatas, narigudas y dicharacheras, arropadas en sus negros mantones, apretando entre sus huesudos dedos las enormes cuentas de sus rosarios. Mikela-zulo nunca lo han pintado así.

Siendo niño, he visto muchas veces en la esquina de la calle Sancho-enea, a varios pintores de aires bohemios, con trajes que fueron negros y chalinas verduzcas y ajadas, montar sus trípodes, sacar sus pinceles y empezar a plasmar en sus lienzos ese rincón renteriano. Lo han pintado siempre como es. Siempre oscuro, siempre solitario, adherido al pétreo suelo, simulando el enorme pie de un gigante que se apoya en un declive y se esfuerza por mantener sobre sus hombros la enorme mole de una torre con sus cuatro relojes y sus grandes campanas...

¡Típico rincón renteriano! Cuantas veces lo contemplo, me parece más viejo; parece que al pasar, día tras día, a misa por la mañana, y noche tras noche,

al rosario, las viejecitas lo van gastando, poco a poco, con el roce de sus mantillas... ¡Viejos muros carcomidos y agujereados por esa cosa tan vieja, pero eterna, que es el tiempo! Las noches de viento y lluvia no se puede parar en su arcada porque es la encrucijada fatal, donde chocan y se revuelven, en loco remolino, el agua y el viento...

... ..

Cierta noche de tormenta me vi precisado a pasar por Mikela-zulo. La lluvia caía a torrentes; y el viento, que por el túnel se enfilaba, no me dejaba avanzar. Después de varios intentos y esfuerzos, agarrándome a las toscas paredes, empecé a dar unos pasos, tropecé en la oscuridad y caí...

Sentí un golpe seco en la frente y aún zumbaba en mis oídos el timbaleo de los lejanos truenos, cuando vi ante mis ojos una multitud de chicos que corrían hacia mí con alocado afán; traían los ojos muy abiertos, las caras descompuestas, se acercaban jadeantes a un agujero que en una de las paredes existía y, como evocando a un oráculo, gritaban con todas sus fuerzas: "¡Jaungoikoa aize aundiya egin!" "¡Dios mío, que sopla un fuerte viento!"... Y después de lanzar un agudo "irrintzi", corrían, veloces, cuesta abajo, cubrían sus cabezas con sus largos delantales, que se hinchaban con el viento simulando grotescos globos, e iban a refugiarse en los cercanos portales.

Al poco rato, como obedeciendo al conjuro de aquellos feroces gritos, arreciaba la tormenta y la lluvia abundante era un juguete que se movía a merced del viento.

Cuando desperté de mi letargo, me encontré bien arropado entre las blancas sábanas de mi cama. Cerca de mí, mi abuelita me hacía compañía, y entre punto y punto de calceta, cabeceaba acompasadamente, vencida por el sueño... Despertó, sobresaltada, cuando sintió que me movía, y mientras cariñosamente me tapaba y arreglaba la venda que cubría la herida de mi frente, me preguntó:

—¿Qué te pasó en Mikela-zulo?

Yo le conté lo que había visto en mi estrambótica visión. Ella, creyendo ser cosa de brujas, se santiguó rápidamente; pero, quedándose algo pensativa, me dijo:

—Eso que has soñado, ¿no me lo has oído contar a mí?

Ante mi negativa, mascullando una jaculatoria, oí que murmuraba:

—Tus sueños de niño fueron un día realidad...

La miré, y vi que sus ojos se empañaron, brillando en ellos la añoranza de un viejo recuerdo...

